

COROCOTTA

El hombre abre con su mano derecha lentamente el saquito que sostiene con la izquierda.

Los músculos de sus piernas están rígidos y en tensión, incluso más de lo habitual en él.

Sus ojos miran colina abajo, hacia la legión que ya comienza a marchar cuesta arriba.

Su mente divaga.

Su boca se abre y, con una lentitud que es producto del miedo, introduce en ella el contenido de la bolsita.

Tejo.

Una pasta elaborada principalmente con hojas y semillas del árbol. Veneno. Veneno cuyo amargo sabor inicial no desaparece.

El hombre traga la masa.

Muerto antes que esclavo, se dice.

Con la toxina letal recorriendo ya su cuerpo de guerrero, mira a su alrededor. Casi todos han consumido ya el tejo. Su madre, su sobrino o Nel entre ellos. Algunos no lo han hecho y el hombre se entristece por ellos.

Muerto antes que esclavo.

Comienza a notar frío en las manos. Sudores. Su estómago se contrae repentinamente, amenazando con devolver al exterior el banquete que, junto a su pueblo, se ha dado antes de la Hora.

Con el foso finalizado y el ejército ascendiendo el Monte Medulio, avanzando hacia el castro que será su tumba, el guerrero sabía que esta vez no podría salvar a su pueblo.

Sabe que no podrá salvarse él.

Aparta la mirada de la legión y la enfoca hacia el norte. Hacia el océano. *Una vista mucho más agradecida*, piensa.

Dirige unas últimas palabras a sus dioses de las montañas y del mar, que pueden ser interpretadas como un rezo o como un agradecimiento, y cierra los ojos.

El hombre comienza a notar cómo empeoran los síntomas causados por el veneno y, quizás como consecuente añadido de la toxina del tejo que ya ataca su organismo, su mente se desfasa, comienza a pensar de más.

Él no quiere hacerlo, quiere terminar con todo acompañado únicamente por el silbar del viento y la imagen de las lejanas olas. Intenta apartar su mente de los remordimientos y los feos recuerdos que vuelven ahora a su cabeza como el agua al interior de una barca tras una tormenta.

No lo consigue.

Extractos de su vida vistos desde una perspectiva que nunca existió pasan frente a él.

No es la primera vez que se entrega a una muerte segura. Es la segunda.

Aquella primera vez sobrevivió. Y ayudó a su pueblo.

Trata de permanecer en ese recuerdo.

No consigue contener el siguiente retortijón y el vómito cae sobre la hierba que danza, mecida por el viento, junto a él.

Vuelve a aquel día. Acudió a Tarraco en respuesta a una llamada por su cabeza.

Aquella primera vez se había enfrentado a la muerte con una sonrisa en la cara, se había regocijado con la expresión perpleja del emperador.

Aquella primera vez se había sentido poderoso. Útil.

Poderoso aun sabiendo que iba a morir. Útil aun sabiendo que iba a morir.

Ahora va a morir. Sin hacer nada.

Cierra más fuertemente los ojos y trata de no hacer caso a las comparaciones que inevitablemente genera su cabeza en relación a aquel momento.

Comparaciones entre lo que hizo y lo que no hace.

Entre aquellas poderosas sensaciones y su impotencia actual.

Olvida que el miedo también le había atenazado aquel día.

Se fija en el guerrero que era él. Ve como sale por la puerta del palacio cargando con la recompensa cobrada por su cabeza.

Sus pensamientos hiperbolizan su recuerdo y el hombre ve al guerrero más fuerte y valiente de lo que fue.

Ahora se siente mal, ha comenzado a marearse y su ropa está manchada de baba y vómito.

El hombre que una vez fue un guerrero decide, por fin, rendirse al mundo de los pensamientos. Un mundo racional que ha dejado de serlo. Un mundo de relativo orden convertido en uno onírico por efecto de la fiebre.

La cabeza ha empezado a arderle y los montes, que tan bellos le habían resultado siempre, se han convertido ahora en simples borrones verdes ante sus ojos enrojecidos. Ya no distingue las montañas calizas ni el mar azul.

Lo que ahora sí que ve claramente es al líder hiperbolizado, que le mira fijamente, sin decir nada.

Tampoco hace falta.

Sus lágrimas se añaden al sucio compuesto que descansa sobre su ropa y a su alrededor.

Basta.

El guerrero se levanta.

Muerto antes que esclavo...

El mundo da vueltas a su alrededor, pero él avanza apoyándose contra el muro circular que rodea el castro.

pero acción antes que impotencia...

El guerrero agarra su lanza.

y sonrisa antes que llanto.

Sonríe.

Intenta enfocar la mirada y no lo consigue.

Trata de enderezar la espalda y acaba arqueado y vomitando.

Acierta a ver unas figuras a unos metros.

Una silueta femenina acompañada por un oso pardo.

Cantabria.

Diosa de mares y montañas. De osos y lobos. De encinas y cajigos.

Cantabria.

El hombre que es guerrero no sabe si se trata de una alucinación provocada por el tejo o si la Diosa Madre ha venido a llevárselo con ella.

Sabe que no ha bajado la colina, que no ha luchado, pero también sabe que lo habría hecho.

Sabe que ha llegado su hora.

Y la de su pueblo.

«Irritóse tanto [Augusto] al principio contra un tal Corocotta, bandido muy poderoso de Iberia, que hizo pregonar una recompensa de doscientos mil sestercios para quien lo apresase; pero más tarde, como se le presentase espontáneamente, no sólo no le hizo ningún daño, sino que encima le regaló aquella suma.»

Historia Romana de Dión Casio

«Al final tuvo lugar el asedio del Monte Medulio, que fue rodeado por un foso continuo de quince millas; avanzando a la vez por todas partes el ejército romano, los bárbaros, al fin, se dieron cuenta de que estaban en una situación desesperada y se vengaron en medio de un festín, dándose muerte a sí mismos por fuego, el acero y el veneno que comúnmente obtienen de los árboles de tejo [...] así, la mayor parte se libró de la esclavitud, que estimaban ser más intolerable que la propia muerte.»

Epítome de la Historia Romana de Lucio Anneo Floro

CATEGORÍA: 3º y 4º de ESO

MODALIDAD: Relato

FIRMADO: Mordaz

